

La agonía de los ojos

Cuando volvió en sí, el sargento bretón no se acordaba de nada.... Una vozcita murmuró en su oído que había sido afortunado!.. Su trinchera había sido volada,... había sido enterrado vivo... encima de él, en el embudo abierto en el suelo por la explosión, sus camaradas se habían batido por espacio de cuatro horas!.. Felizmente, su bayoneta sobresalía un poco... Por la mañana, unos sanitarios lo habían desenterrado y lo habían traído a aquella ambulancia.... Todo esto baila, zumba en su pobre cabeza aturdida... Más que nada le duelen los ojos....

No obstante, los efectos del choque y conmoción parecen amortiguarse; las suaves manos de las enfermeras diríase que aspiran el caos que el soldado tiene dentro de sí... Escapado del país del espanto, el joven sargento contempla la ambulancia, clara y alegre, los blancos delantales de las enfermeras, las lindas flores que rodean la efigie de Nuestra Señora, y por vez primera, desde su llegada, sonríe a la claridad de todas estas luces....

—¿Tiene dolores aún?

—No; estoy bien... ¡muy bien!

Pero sus ojos le escuecen! ¡Han visto tantas y tantas cosas sus ojos!... Han visto el infierno!... Un poco, intranquilo el sargento pide un espejo y se mira en él... —¡Oh, el vanidosillo!... exclamó la enfermera.

En el espejo ve el soldado sus claros ojos, sus hermosos ojos de adolescente, que su madre besaba cuando de ella se despidió... sus ojos azules, como el cielo de Francia... —¡Tenía tanto miedo!—dice a la enfermera, devolviéndola el espejo, —¡tanto miedo de quedarme ciego! —¿Está usted en su sano juicio?... Sus ojos ni colorados están.

El sargento coge de nuevo el espejo y se mira otra vez. —Es verdad... ¡ni colorados están!

Sin embargo, el presentimiento, como un animal dañino, se ha agazapado en su alma.

Por dos veces, el médico militar encargado de la sala, le ha examinado prolijante los ojos, y el sargento ha sorprendido ciertos gestos....

Además, en ocasiones, las almas, sin necesidad de intermediarios leen directamente la verdad en las otras almas.

Sus ojos no le causan ya al sargento dolor alguno, ¡y siente temores por ellos!

Una tarde, cerca del anochecer, dice a la hermana:

—¿Es curioso! La parte alta de la pared me parece negra....

—¡Es la sombra.

—¿La sombra de qué?... y como la religiosa se va sin res-

ponderle, la llama, y con acento de reproche, le dice:

—Soy católico y bretón, ¿por qué se me oculta la verdad!...

Desde entonces, cada vez más receloso, el sargento hace experiencias.

Exteriormente, sus ojos están intactos....

Inferiormente, vea una banda negra donde no hay negrura alguna...

Baja un párpado, y después el otro, y nota que con el ojo derecho ve las cosas un poco «en acordeón» es decir, que los objetos vistos con ese ojo parece como que se pliegan... mientras que con el otro ojo la visión es normal, salvo la persistencia de la banda negra.

Todas estas observaciones las guarda el sargento para sí.

Háble, recomendado que esté acostado, bien estirado, boca arriba, y con la cabeza, queda... ¿Por qué?

Un domingo amanece con hermosísimo tiempo. La mayor parte de los heridos salen al jardín a gozar de la hermosura del día.

Quédase solo en la sala el sargento....

Y entonces, recatándose como un ladrón, corre al despacho de la enfermera mayor, busca su propio nombre en el registro de enfermos, y lo encuentra con una nota escrita con tinta roja:

Sargento R... sala de San Juan.

Desprendimiento doble de la retina.

Siguen tres palabras alemanas.

El sargento las copia, y corre a acostarse otra vez en su cama, boca arriba, como se le ha recomendado. Por la tarde llama a una enfermera jovencita, que sabe alemán, y le muestra las tres palabras, sin dárles al parecer, importancia.

—¿Qué significan!...

La joven, sin sospechar los propósitos del sargento, contesta ingenuamente:

—Que nada hay que hacer....

La enfermera no repara en las gruesas gotas de sudor que, súbitamente, humedecen la frente del soldado.

Desde aquel día, sin decir nada a nadie—los grandes dolores son mudos—; el sargento hace a su patria el heroico sacrificio, que no preveía hubiese de ser tan grande.

Hace venir a los suyos... a su madre, a sus hermanos, a su joven prometida... y saborea sus rostros....

—¿Me das la mano?...

Y mira largamente la mano de la joven.

—¿Qué cosa tan linda es una mano!....

A veces, cuando está solo cierra los ojos y se ejercita «para cuando sea ciego...» Pero no pone en ello mucho empeño; tendrá tanto tiempo después para aprender a ser ciego!...

Pide permiso para salir.

El médico se lo niega. El sargento insiste.

—Sé lo que me espera—dice, —déjeme disfrutar de los días que me quedan....

Y sale.

Va primero al número 9 de la calle de Duroc, donde tiene su domicilio la Asociación Valentin Haüy, que se ocupa en aliviar la suerte de los ciegos... Quiere darse cuenta por sí mismo de lo que hace y para que sirva esa asociación... Y esta visita le es provechosísima, dándole la certeza de que «ningún ciego queda abandonado, y que podrá siempre ganarse la vida...» ¡Oh qué corazones los de quienes, en un cuarto de siglo, han socorrido a 10.000 ciegos!....

A la vuelta, entra en Nuestra Señora (1) y arrimado a un pilar, ve como muere el día, iluminando con sus postreras lumbres las vidrieras de colores.

A la mañana siguiente, en el Bosque (2) observa con ternura el agua, que refleja rosadas tintas del comenzar del día; los árboles, que se miran en el claro espejo del tranquilo lago; las frescas flores; los pájaros, esas otras flores....

Se detiene para ver jugar a los niños, para acariciar a un perro....

—¡Ver!... ¡Oh verbo indecible! ¡Es cosa tan buena ver aún.... ver siempre!....

Quiere le pongan una bandera en su cama.

—¿Qué hermosos son los colores de nuestra bandera!

A veces acaricia la tela tricolor... en cada uno de sus gestos y ademanes hay un adiós....

Porque siente que para él se cierra la puerta de la luz....

Ahora parecele como si detrás de sus ojos intactos flotasen dos velos negros... No ve sino el reducido espacio donde la retina resiste todavía.

Pero ¿y esta noche....?

¿Y mañana...?

Una mañana de Mayo, una florida y clara mañana de sol, el sargento dice a la hermana:

—¿Cómo tarda hoy en romper el día!

Mas, de pronto ábrese camino en su alma la espantosa verdad... ¡El es quien no ve!... ¡El quien ha entrado para siempre, hasta la muerte, en la gran noche!...

—¡Pobrecillo!...—exclama la hermana.

De los ojos apagados corren lágrimas, esas lágrimas de hombre que tanto impresionan....

Pero muy pronto, enjugándolas con un ademán de valiente, el sargento se santigua y dice sencillamente:

—¡Fiat voluntas tua!...

PEDRO EL ERMITAÑO

(1) NOTRE DAME, la Catedral en París.

(2) LE BOIS DE BLOIS, el famoso parque parisien.

En el "Cine Verdun" se proyectan anuncios

1000117